

3/1/2001

3

Homo homini angelus

«**B** IENAVENTURADOS los que sufren persecución por la justicia» (Mateo 5,10). Bienaventurados los Juan Miguel Gervilla, los Francisco Cano, los Ernest Lluch, los Fernando Múgica, los Gregorio Ordóñez, los Juan María Jáuregui... los que lejos de servirse de la polis, de la política, del pueblo, han servido a la polis jugándose la vida en el ruedo humano/inhumano con este brindis a toda la afición: *primum philosophari deinde vivere*: primero la dignidad humana, primero la justicia, primero la verdad, primero la solidaridad, primero el deber y después la vida. La afición conmovida y conmocionada grita cual coro griego: «¡Olé!»

Bienaventurado Sócrates que desempeñó el papel de «tábano ético que estimula al pesado caballo del Estado», denunciando en el ágora la corrupción de los mercenarios de la polis, de los que trafican con el bien y con los bienes del pueblo, de los que venden su alma al diablo, de los que todo lo que tocan se convierte en oro hasta lograr que las vacas pierdan la razón que no tenían; de los que contaminan ríos, mares, aire, editores, autores, programadores de televisión; de los que fomentan la peste del *pest-seller*. Bienaventurado Sócrates que brindó con cicuta a la libertad de pensamiento, regalándonos el don precioso de su valentía y de su vida.

Bienaventurado Tomás Moro, patrón de los políticos dignos de este nombre que no se sirvió de la ley para medrar, que sirvió al Estado de Derecho ofreciendo su cabeza cortada con hacha en la Torre de Londres, sin perder hasta el último minuto la compostura y el sentido del humor. Bienaventurado Boecio (*Anicius Manlius Severinus Boethius*), que por servir al pueblo, sin ceder un milímetro ético a las componendas y trapisondas de los mercenarios de la polis fue ejecutado a palos en la cárcel de Pavia, legándonos una de las joyas éticas y estéticas del gran «patrimonio cultural común de los europeos» (art. 151 Tratado de Amsterdam), *Consolatio Philosophiae*, «El Consuelo de la Filosofía» en el que nos dice ante *portas mortis* que «el sabio mide su felicidad no por el rumor popular (o sea los «índices de audiencia» y «las encuestas de popularidad de los lobos alfa»), sino por la voz de su conciencia, mientras oímos con un nudo en la garganta este suspiro de su alma: «¡Ay feliz género humano si el Amor que rige los cielos gobernara también los corazones!»»

Bienaventurados los Tierno Galván, los José Luis Aranguren, los Tomás de Aquino, los Averroes, los Agustín Calvo que no se han servido de sus cátedras, de sus «sillas» (cátedra=silla) para «sentar cátedra» ni para «hablar *ex cathedra*», sino que han perdido su silla, su salario, su «posición» en una especie en la que hay que «colocarse bien», mirándose en el espejo de fray Luis de León

que en la cárcel escribió: «*Aquí la envidia y mentira/ me tuvieron encerrado/dichoso el humilde estado/del sabio que se retira/de aqueste mundo malvado/y con pobre mesa y casa/en el campo deleitoso/con solo Dios se acompasa/y a solas la vida pasa/ni envidia ni envidioso*».

Bienaventurado el general Gutiérrez Mellado que se jugó la vida ante unos pistoleros que querían salvar a la patria a tiro limpio en el Templo de la Democracia, desobedeciendo el grito de «¡t'os al suelo!», man-

Primero la justicia, primero

la verdad, primero la

solidaridad, primero el

deber y después la vida

teniendo el tipo, el físico, el ético y el estético en el ruedo ibérico como don Tancredo y Xirinacs, el último estilista. Bienaventurado Miguel de Unamuno, Rector en verdad Magnífico de Salamanca que se jugó el Rectorado y lo perdió por no callarse a tiempo como hacen los que venden el silencio de los políticos corruptos porque «callar es otorgar y no puedo permitir el grito blasfemo de «muera la inteligencia» en el Templo de la Inteligencia en el que soy el Preste Supremo». Bienaventurado Unamuno que nos legó una sentencia que aún suena y resuena en el Templo de la Inteligencia, dirigida a los que creen que se pueden cambiar las convicciones con la razón de la fuerza: «¡Venceréis, pero no convenceréis!»

Bienaventurados Demóstenes y Cicerón que se jugaron y perdieron la vida por defender la *politeia*, la *res publica*, *nomos et lex*, la norma o la ley en cuyo espejo ético pueden y deben mirarse todos los abogados, jueces y

juristas de todos los tiempos para que no sirvan a un cliente corrupto o criminal sino para que defiendan las reglas del juego, el Estado de Derecho, la Constitución, la verdad, la justicia. «*Contemneor mortem*: desprecio a la muerte» dijo Cicerón como preámbulo de sus «Filípicas» mostrando en el Senado toda la hedionda corrupción de Marco Antonio.

Bienaventurado Miguel Servet que pudo haber vendido su alma científica al diablo quemando «*Restitutio Christianismi*», el «hijo de su entendimiento» (Cervantes), en un trato/contrato que le brindó el suizo Calvino, prefiriendo ser quemado en una hoguera ritual y solemne en la bella ciudad de Ginebra con la leña de los ejemplares de la «Restitución del Cristianismo» que los lelos leales de Calvino mojaron previamente para que la tortura se prolongara.

Bienaventurados los Madariaga, los Buñuel, los Pau Casals, todos aquellos españoles que por amor a su tierra optaron por beber la hiel de un exilio prolongado, sabiendo que «*tot per Catalunya*», «*Deutschland über alles*» («Alemania por encima de todas las cosas») o este género de lemas del *tot* son totalitarios y perversos, sacrificando en el «altar de la patria» la dignidad humana, los derechos humanos y la libertad.

Bienaventurados los Mozart, los Van Gogh, los Schubert, los René Descartes y todos los grandes creadores de obras excel-sas por no vender su alma creativa y estética a ningún mefistófeles, a ningún mercader del *pest-seller*. Bienaventurado Don Miguel de Cervantes Saavedra que sin tener el acicate del Nobel, ni del Príncipe de Asturias ni del Cervantes, encerrado entre barrotes nos legó «En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme» llevando el idioma de Don Quijote y de Sancho al Himalaya de las Letras (no solo hispanas).

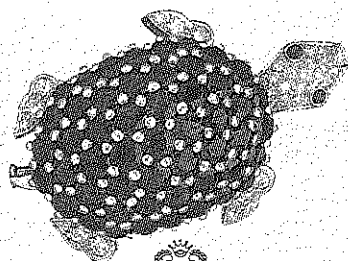
«Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados» (Mateo, 5, 4). Bienaventuradas todas las viudas, todos los hijos, todos los hermanos, todos los amigos, todos los compañeros que lloran la muerte de los Juan Miguel Gervilla, de los Francisco Cano, de los Miguel Ángel Blanco -el ángel blanco que vuela entre las palomas blancas de la paz-, de todos los que han perdido su vida, los perdedores de su vida, porque esas lágrimas hondas y verdaderas son el pan ético que alimenta a los verdaderos ciudadanos de la polis, de la comunidad.

Bienaventurados todos vosotros los que con el ejemplo de vuestra vida y de vuestra muerte habéis mostrado y demostrado que el hombre no es un lobo para el hombre -*Homo homini lupus* (Plauto y Hobbes)-, sino que algunos hombres son lobos para el hombre, mientras que otros -la inmensa mayoría?- son un ángel para el hombre: *Homo homini angelus*.

JOSÉ ANTONIO JÁUREGUI
de la Real Academia de Doctores

LOS CAPRICHOS DE GRASSY

en oro y piedras preciosas



GRASSY
Joyas-Relojes-Objetos de arte

Gran Vía, 1 y José Ortega y Gasset, 17
MADRID
teléfonos 91 532 10 07 / 91 557 94 35